

Graciela Di Bussolo

Donde nadie se atreve

I.

Después de las hogueras
y del séptimo círculo
se consumen
condenados al hielo.

Desechos del Andrógino
sin ninguna mitad
ninguna búsqueda.

II.

Desde el tiempo clausurado
nada regresa.

Un vacío de pájaros
anuncia el triunfo del verdugo.

Sin cielo
las ventanas son párpados muertos.

Para sobrevivir
hay que soportar el silencio del refugio.

Resistir
desde el adentro.

III.

Las sombras merodean.

Fieras desencarnadas

se acercan al territorio de los lobos

allí

donde nadie se atreve.

Desde lejos se escuchan los aullidos

antífonas de los rituales de la noche.

IV.

Ya no es un misterio el sexo de los ángeles.
Nadie planta rosales en las plazas.

Hay ruido a muerte.

La Verdad va montada sobre un perro lustroso
y hace estragos.

Las ventanas se cierran a su paso
y las calles sin Dios se quedan solas.

Alguien siente la ausencia
junta las manos
pero ya no recuerda la plegaria.

V.

Un alacrán devora las raíces del árbol.
Entre sus patas crecen ríos de sangre.
Tiemblan las ramas.

La tierra
es una bestia que sale del letargo.

Sacrílego
el final se desploma entre cenizas.

VI.

El tramoyista inventa la caverna.
No nos deja pensar
sólo creer.

Reflejos

luces

sombras.

Todo artificio
debe asumirse como verdadero.

Fue palabra del dios.

VII.

Están cerca las últimas esquinas.
Ya no podemos demorar los pasos.

Intuimos el gesto
la imagen del eclipse
la visión del derrumbe.

La luna
vela el sueño de un dios
que quizás no despierte.

VIII.

Cómo cumplir con el mandato

levantarse

y andar

si el camino

fue devorado por las zarzas

y nada vive

ni arde.

La invocación

se despedaza en el intento.

IX.

Seda y terror en cada roce.

Telarañas.

La náusea

se desmorona sobre los recuerdos.

La agonía se adueña de las cosas.

Cualquier papel encierra un epitafio.

X.

Buscaban escapar.

Sus pies
desnudos
dejaron huellas de la fuga.

Desgarraron la piel del laberinto.
Roja a gonía
entre uñas y piedra.

No debieron desafiar la profecía.
Nadie vence al oráculo.

XI.

Duele otro fuego ahora.

Las últimas cenizas.

XII.

No hay ábaco que cuente tanta noche.

No hay rumbo

ni astrolabio.

Hemos perdido todo

y nuestros dioses están agonizando.

XIII.

Dónde el grito
la voz

dónde tantas palabras desquiciadas
la lápida que cubre las promesas

dónde buscar
ahora
que ni las ruinas.

XIV.

En los bordes del vado
el día espera.

Aún no estalla.

El silencio es una hoja de cuchillo.
Golpea sobre los huesos fríos
hiere
pero no mata.

Cada noche regresan los fantasmas.
El sueño es un pantano sin orillas.

XV.

Ser esa víspera
momento coagulado en la espera.

Retroceder hasta la sombra sólida
buscar el pasadizo
la guarida
y albergarse en el frío del osario.

XVII.

La enemiga regresa.

Su nombre late en el revés de los muros.

*(En el lugar donde nacen las piedras
el silencio amortaja.)*

Sé que terminará venciendo.

XVIII.

Por qué pararse sobre baldosas flojas
temblar dos veces
mientras se van borrando
las líneas
de las manos.

Por qué no escapar de la zozobra
cuando la noche muerde hasta cansarse.

Por qué los años dejan tajos en el rostro
por qué viene la muerte
así
tan de a pedazos.

XIX.

Nada pudo guardarte de la bestia.

Nada más negro que la sombra que llega
cuando gritan los goznes de esa puerta
que se abre
y se cierra.

XX.

La pantera rondaba
tu sueño ya sin sueños.

Y los versos caían de tu mano.
Y tu mano caía.

XXI.

La muerte corazón volcado.

Paul Éluard

Sobre el espejo curvo
el azar y la magia.

Eras Perseo y la Medusa
el horror al alcance de la voz
la palabra en la piedra
el mal don en tus dados.

Caminabas
por los rincones cóncavos del laberinto
la mano izquierda aferrada a las paredes.

Llenaste el cubilete y bebiste la pócima.
Ella esperaba en el último sorbo.

XXII.

La palabra es calvario.

Hay sombra en el grito y en el nombre.

Una página crece oscurecida.

Sé que nunca amanece

sobre la piedra de los sacrificios.